

EL DIABLO EN MISA

Pieza teatral de Gilberto Agüero Gómez

Personajes:

OBISPO, sesenta y cinco años

PÁRROCO, cincuenta y cuatro años. Viste pantalón y guayabera.

VICARIO, cincuenta y nueve años

ACÓLITO, dieciséis años, fornido.

MARÍA, sesenta y dos años

ESCENARIO:

LA ZONA CENTRAL REPRESENTA LA SACRISTÍA, JUSTO TRAS EL ALTAR DEL TEMPLO, DONDE SE REVISTEN LOS SACERDOTES PARA EL OFICIO RELIGIOSO. UNA DISCRETA PUERTA COMUNICA AMBOS ESPACIOS.

A LOS LATERALES, OTRAS ZONAS DEL TEMPLO CON CIERTOS ELEMENTOS: UN GRAN CRUCIFIJO, DOS BUTACAS, UN ARMARIO, UN GABINETE DE COCINA, UN SOSTENEDOR DE MISAL, UNAS MESITAS; EN LOS LUGARES DONDE HABRÁN ENCUENTROS Y DESENCUENTROS.

SE ESCUCHA UN CORO GREGORIANO. SE PERCIBE UN LEVE OLOR A INCIENSO.

POR LA PUERTA, ATAVIADO PARA EL RITO CELEBRADO, APARECE EL OBISPO. POR EL LATERAL DERECHO, CON DISCRETA PRISA, VIENE EL PÁRROCO. AYUDA AL OBISPO A DESPOJARSE DEL ATUENDO.

RECIBE CADA PRENDA CON SUMO RESPETO Y LAS VA GUARDANDO CON METICULOSO CUIDO.

EL OBISPO SE QUITA LA MITRA, LUEGO LA CADENA CON EL GRUESO CRISTO DE ORO QUE BESA CON DEVOCIÓN. SEGUIDAMENTE LA ESTOLA Y TAMBIÉN LA BESA. AFLOJA EL CÍNGULO Y RETIRA LA CASULLA, QUEDANDO EN SOTANA Y SOLIDEO.

TOMA EL CRISTO, VUELVE A BESARLO Y SE LO CUELGA AL CUELLO.

OBISPO:

El templo no se colmó de fieles como usted había prometido, Padre Pablo.

PARROCO:

Enrojeczo de vergüenza, Monseñor.

OBISPO:

No es suficiente. Fue usted quien le sugirió al Cardenal Larrosa que en su parroquia se celebrara el oficio. Daba una tácita garantía.

PARROCO:

Lamento mi falla.

OBISPO:

Escuche, Padre Pablo: pasaron mis tiempos de sencillas ceremonias para escasos feligreses. ¡Ahora soy Obispo! Cuando un Obispo se moviliza, el primigenio deber del Párroco es animar a la feligresía (**Saca pañuelo y seca su frente**) ¡Usted no sabe lo que me desazona officiar en un templo vacío!

PÁRROCO:

En las cinco primeras hileras de bancos tuvimos gente de alta categoría.

OBISPO:

(**Estrujando el pañuelo**) Un templo solitario no hace Iglesia. ¡Muerde implacable mi conciencia de misionero!

PÁRROCO:

No volverá a ocurrir, Monseñor.

OBISPO:

¡Claro que no! ¿Con qué ánimo voy a proponerlo para otra comisión meritoria, si quedó tan mal con ésta?

PÁRROCO:

Las excusas son odiosas, Monseñor... pero hubo una aciaga conjunción de circunstancias desfavorables. ¡Hice todo lo posible!

OBISPO:

¿Y qué fue lo que hizo?

PÁRROCO:

Lo he participado, desde el púlpito, varias veces... visité personas valiosas de la comunidad, llamé a otras tantas, muy meritorias, pero todo parecía confabularse contra el evento: Unos iban a viajar, y quienes permanecerían en la ciudad tenían compromisos previos. Ante tanta deserción, llegué a sentirme como uno de los naufragos de La Calle de la Esperanza.

(Sonríe)

OBISPO: (Serio)

La culpa es suya, padre.

PÁRROCO:

¿Por qué, Monseñor?

OBISPO:

Aparte de la pobre cartulina garabateada en la cartelera de la entrada; nada anunciaba mi presencia hoy.

PÁRROCO:

En cada misa, lo notifiqué. ¡Hice énfasis!

OBISPO:

Pero no timbró unas invitaciones, ni encargó un afiche alegórico como sí lo hubo el año pasado. ¡Usted Padre Pablo, es un roñoso administrador! Maneja la parroquia con enorme tacañería. ¡No ponga cara de asombro! ¿Desde cuándo no enciende el cirio pascual, por ejemplo? ¿Piensa que por estar el cirio a la mitad, no voy a facturarle el del segundo semestre? ¡Esa odiosa cicatería no se corresponde con la majestad de un templo. El Derecho Canónico sostiene que: “Ningún cirio pascual, con la mitad ya consumida, debe ser usado en ceremonias” ¡Recuerde el alfa y omega de la inscripción en la cinta!

PÁRROCO:

Sí, Monseñor.

OBISPO:

Y otra cosa: en el momento de la consagración, me supo a vino chileno.

PÁRROCO:

No, Monseñor.

OBISPO:

¡Sí me supo! Cuidado con no comprar Castell-Gandolfo. **(Leve pausa)** Una copita de Castell Gandolfo, luego de la siesta, es mi única debilidad.

PÁRROCO:

Puedo mostrarle el garrafón.

OBISPO:

¡Usted mostrará lo que quiera, pero fue vino chileno, lo que probé! Y punto. ¿Qué me dice del incienso? ¡También mezquina al turiferario!

PÁRROCO:

El monaguillo se encarga de avisar si falta incienso... y como ocurrió esa tragedia de la muerte del tío.

OBISPO.

¡Imagino que el acólito tendrá los pensamientos trastocados, pero usted sí sabía que yo venía! **(Leve pausa en la que lo mira de arriba abajo)** ¡Usted parece rechazar la sotana! Invierta los ingresos de la parroquia no solamente en sus costosas guayaberas dominicanas. Use el “clerigman” que para eso existe como licencia de país tropical. **(Larga pausa)** ¿Por qué el año pasado fue un acto ejemplar, y hasta memorable, y hoy un fracaso? ¡Dígame!

PÁRROCO:

La gente se satura. **(El Obispo lo mira de mal modo. Leve pausa)**

OBISPO:

Aparte de eso... ¿usted no vio un fotógrafo tomando imágenes de los últimos bancos?

PÁRROCO:

¿Había ahí un fotógrafo?

OBISPO:

Uno delgado, de lentes y bigotito; ese fotógrafo de... “miércoles” se esmeró, precisamente, en retratar los bancos vacíos **(Estruja nuevamente su pañuelo)**. ¡El muy “miércoles”!

PARROCO:

No lo vi. Estaba atendiendo...

OBISPO:

Me da la impresión de que usted no está al tanto de lo que ocurre ante sus barbas. ¡Imagino cómo maneja la parroquia! **(El párroco va a decir algo. Molesto)** ¡Vine para nada! De haber estado bien informada la feligresía, aquí hubieran estado personas importantes que no vi. **(Leve pausa)** Cuidado y el Cardenal Larrosa termina incluyéndolo en la lista negra de las parroquias ineptas que no colaboran... ¡y no voy a meter la mano por usted!

PÁRROCO:

¡Piedad, Monseñor!

OBISPO:

Yo podría tener piedad si usted hace examen de conciencia y dice lo que pasó este año. Cualquier disfunción temporal puede ser pista de apriorístico interés. **(Larga pausa)**. ¿Qué me dice, Padre Pablo?.

PÁRROCO:

A todos aquellos que les participé el evento, algunos de los cuales fueron asistentes al del año pasado... esta vez mostraron desinterés.

OBISPO:

¿Ya olvidaron a Dixon Rubio? ¡Que mal agradecido es el mundo! ¿Dónde fue a parar aquel vocerío, supuestamente solidario, gritando: “¡Dixon somos todos, Dixon somos todos!” de hace apenas hace un año? ¿Por qué hoy no llenaron el templo esos gritos? El año pasado veían en Dixon al muchacho audaz, capaz de todos los riesgos que ponen el alma en vilo... el que hacía lo que ellos querían hacer y no se atrevían...el justiciero vándalo de modales reprobables... y ojos claros como jubilosas esmeraldas.

PÁRROCO:

No creo que muchos estudiantes se sientan representados por él.

OBISPO:

Es un muchacho creyente. Bien creyente. A su manera. Doy fe de ello. **(Pausa)** Sepa que Bolacho fue su confesor cuando lo preparaba para la primera comunión. Dixon estaba tan desorientado que, en cada confesión, más que buscando arrepentimiento parecía estar ponderando sus proezas sexuales cometidas con animales de la granja de los tíos. Era un verdadero quebradero de cabeza en el confesionario, porque Bolacho se aflojaba todo. A tal punto que prefirió transferirlo y yo lo acepté... **(Pausa)** A veces, los humanos tropezamos con el destino, en el camino que tomamos para evitarlo. **(Pausa)** Ninguna de esas cosas con burras trascendió al vulgo. **(Pausa)** Inventaron mentiras y confabulaciones contra él, cuando notaron la impetuosidad de su ascenso. **(Pausa)** Cuanto más se habla, menos quieren decir las palabras. ¿Qué es lo que ahora dicen?

PARROCO:

Algunos opinaron que Dixon debió presentarse ante las leyes para aclarar su situación; otros consideraron que la Nunciatura Apostólica no debió darle asilo diplomático a un sádico. **(Ante la mala mirada del Obispo)** Usted quería saber...

OBISPO: (Estruja su pañuelo)

¡Detesto officiar en un templo vacío! (**Leve pausa**) Nos harán críticas intolerables.

PÁRROCO:

¡En las fotos que enviaremos a los diarios, el templo lucirá lleno de bote en bote!

OBISPO:

¡Y luego nos desmentirán! Olvídense de retocar imágenes; el delgadito de bigotes y lentes, ya se regodeó en los bancos vacíos. Mejor arme una teoría sobre su fracaso. Imagino que en seis años conocerá la parroquia y podrá dar un juicio preciso.

PÁRROCO:

Tal vez moleste mi deducción, Monseñor, pues es su ahijado; pero el nombre de “Dixon Rubio” ya no tiene poder de convocatoria.

OBISPO:

¡Hay que avivarlo! Dixon Rubio es el líder juvenil más calumniado porque fue la primera voz estudiantil de protesta, cuando el Gobierno perdió el rumbo; y encerró al país en esta democracia fingida; con poder legislativo monocorde y obediente... derechos humanos menoscabados, y tribunales sentenciando injusticias para llenar las cárceles de presos políticos.

PÁRROCO:

Dicen, con cierta burla, que estuvo dieciséis años en la Universidad.

OBISPO:

Si estuvo muchos años en la Universidad, fue como dirigente estudiantil que luchaba y defendía las reivindicaciones de todo el estudiantado. Usted alegue que si la Iglesia no interpone su escudo protector, lo hubieran echado a los leones... ¡sin miramientos! **(Pausa)** Espero que Su Excelencia el Cardenal Larrosa, no crea determinante su fracaso de hoy.

PÁRROCO:

¡Ojalá se apiade de mí!

OBISPO:

Podría hasta regresarlo a su parroquia anterior.

PÁRROCO:

Ojalá no.

OBISPO:

¡Ojalá! Cada cambio siempre origina movilización de odiosos papeles. Documentos contundentes, expedientes casi olvidados. **(Leve pausa)** Aunque hayan pasado... ¿siete años? siempre hay alguien recordando cosas. **(Pausa)** La vida es única y es limitada... y tenemos que saber elegir entre las encrucijadas sucesivas... con desasosiego, con incertidumbre... y hasta con la visión precaria de lo que nos espera... ¡pero debemos escoger! **(Larga pausa)** El más difícil enigma es el espíritu humano, porque nuestra conciencia no es clara ni coherente; y uno mismo desconoce sus propios sentimientos. **(Pausa)** ¿Recuerda a Monseñor Bolacho? ¿Recuerda todas las dudas y afirmaciones de ese pobre ser atormentado? **(Pausa)** Sufrió una enorme tensión interna, replegado en secretos que lo devoraban. **(Pausa)** El mal uso de la libertad hecho por Adán, es la causa de entrada del mal al mundo. Dios sabía de antemano que el hombre iba a caer, y que de ese mal podía extraerse un gran bien. **(Pausa)** Tras la muerte de Monseñor Bolacho, pintaron algunos letreros en las calles. Sabemos que fueron hechos por personas pagadas, en un caso; y en otro, por quienes no tienen un ápice de racionalidad; pues detrás de todo asesinato hay una familia dolida. **(Pausa)** El Cardenal Larrosa no se pone límites cuando habla de libertinaje, desmoralización y desorden... pero ¿quién puede pensar coherentemente en condiciones de arrobamiento? **(Pausa)** ¡Se enamoraba anualmente! **(Pausa)** Decía: “Si le dices a alguien que le amas; y una semana después lo mismo dices a otra persona ¿estás mintiendo? ¿Acaso no es verdad en el momento de decirlo?

(Suena su teléfono celular. Lo atiende y lee un mensaje. El Párroco permanece estático. El Vicario entra a escena por la puerta al altar. Trae un misal que coloca en su sitio. Antes de salir por la izquierda hace una respetuosa inclinación hacia el Obispo que cancela la llamada en el celular.)

OBISPO:

¿Cómo se porta el Padre Pedro?

PÁRROCO:

Se comporta bien.

OBISPO:

¿Rojo rojito?

PÁRROCO:

Posiblemente.

OBISPO:

¿Cómo posiblemente?

PÁRROCO:

Nunca habla de política

OBISPO:

Porque se cuida. Desconfía de Usted.

PÁRROCO:

No tiene motivos.

OBISPO:

¿No?

PÁRROCO:

Cuando el Padre Pedro fue amonestado, despojado de su parroquia y colocado bajo mi égida, lo recibí benévolamente. Y él por su parte...

OBISPO:

Hoy no leyó completa la homilía.

PÁRROCO:

¿No?

OBISPO:

Usted no parece interesado en saber quién es su compañía. Cambie de actitud. Acérquese a él. ¡Háblele de política!

PÁRROCO:

¿Sí, Monseñor?

OBISPO:

¡Se lo exijo! **(Leve pausa)** Tal vez él tiene alguna culpa en el desastre de hoy y usted lo ignora. Tal como se le pasan por alto tantas cosas bajo sus barbas.

PÁRROCO:

Haré como dice, Monseñor.

OBISPO:

¡Prudente como serpiente y sencillo como paloma!

PÁRROCO:

Ciertamente, Monseñor. Ahora pensándolo, le confieso que no mostré entusiasmo cuando le pedí asistirlo a usted en la misa, porque yo iba a estar ocupado.

OBISPO:

¡No mostré entusiasmo! Vea como agarrando la punta del hilo se llega al ovillo.

PÁRROCO:

¿Piensa que tal vez haya saboteado?

OBISPO:

Me enerva su fragilidad conceptual, padre. No está en nosotros mostrar dudas sino certezas. Ni siquiera cuando la verdad se derrumba volviéndose espejismo, porque estamos académicamente formados para materializar esos mismos espejismos.

PÁRROCO:

Si las convicciones son firmes, no es fácil disponer quimeras.

OBISPO:

Entonces se establece la verdad a la fuerza si se hace indispensable. Escuche, Padre Pablo: el destino de los pueblos depende, muchas veces, del heroísmo irrisorio de personajes anónimos, dispuestos a inmolarse. Seres aparentemente insignificantes que se crecen en el fragor de la pelea ¡Dixon Rubio es uno de esos seres ejemplares! **(Leve pausa)** Por eso era indispensable llenar el templo, dándole apoyo a su certeza de lucha.

PÁRROCO:

Yo le ruego, Monseñor...

OBISPO:

Mejor invoque la munificencia del Cardenal Larrosa. No hay imprudente promesa que no pueda ser prudentemente retractada.

PÁRROCO:

¿Cuento con usted, Monseñor?

OBISPO:

Veremos.

(Por el lateral izquierdo entra María a escena. Trae cartera y dos bolsas de compras; viene cerrando su mojado paraguas)

OBISPO:

¿Cómo está, mi anuente, aquiescente y siempre bien apreciada señora María?

MARIA:

Dichosa de tener la oportunidad de saludar su luminosa persona, para pedirle la bendición.

(Obispo bendice a María. Ella, como puede, se persigna sin soltar lo que carga)

OBISPO: (A Párroco)

La espontánea elocuencia del alma inculta, y a quien la emoción sincera le pone grandes palabras en los labios. Gracias por su infinito aprecio para este sacerdote, ahora llamado oligarca por exigir seguridad en las calles y honestidad en los manejos del erario público.

MARÍA:

Si es así, entonces yo también soy oligarca.

OBISPO:

¡Que espíritu tan sincero y espontáneo el suyo, mi muy apreciada señora María!

(Al Párroco) ¿Sabe usted Padre Pablo, que María está aquí antes de que cualquiera de nosotros hubiera sido asignado a esta parroquia?

PÁRROCO:

Sí, Monseñor.

MARIA:

Once años, señor Obispo.

OBISPO:

Y en el decurso afortunado, los relucientes corredores de esta casa se lo agradecen.

(María abre su bolso, no sin cierta dificultad y saca una pequeña estampa.)

MARIA:

Tenga la bondad, Monseñor, bendígame la estampita de Santa Eduvigis; a quien le estoy pidiendo casa para mi hija menor.

(El Obispo recibe la estampa. Al mirarla se ofende y la rechaza. María se extraña y la recibe de vuelta para comprobar que se equivocó. Vuelve a meter la mano en la cartera y saca otra estampa de igual tamaño).

MARIA:

Esta sí es Santa Eduvigis, Monseñor.

OBISPO:

¿Y el mamarracho anterior?

MARIA: (Apenada)

Don Juan del Dolor, Señor Obispo, perdone usted. Es que a veces los dedos se me agarrotan y no aguanto.

OBISPO:

Y acude a su batiburrillo supersticioso. **(Al párroco)** ¡Producto de su parroquia!

MARIA:

El padre Pablo nada tiene que ver, Monseñor. Se trata de esa artritis que me atormenta.

(El Obispo bendice la segunda estampa con adustez. Luego la entrega a María).

OBISPO: (Al Párroco)

En sus propias barbas, Padre Pablo.

PÁRROCO: (A María)

Prepare un café para Monseñor.

OBISPO:

El café de María es famoso. Si tiene las manos ateridas, María, vaya a la cocina y tome calor; sin pensar en que fue el cochambroso espantajo que la mejoró. ¡Recuerde que sólo Dios sana!

MARIA:

Estoy apenada, Monseñor.

OBISPO:

Será su penitente recordatorio.

PÁRROCO:

Dígame, María... ¿con quién conversaba usted, tan animadamente, en la otra acera?

MARIA:

¡Ah!, el joven preguntón. Quiere entrevistar a Monseñor.

OBISPO:

¿A mí?

PÁRROCO: (A María)

¿Cómo es ? **(Larga pausa)** ¿Delgado, de bigotes y lentes?

MARIA:

Mismamente, padre.

(El Obispo y el Párroco intercambian miradas)

OBISPO:

¿Y qué le preguntó él a usted?

MARIA:

¡Qué no me preguntó!

OBISPO:

¿Sí?

PÁRROCO:

¿Y usted le respondió a todo?

MARIA:

Siempre poniéndolo en su sitio.

PÁRROCO:

¿Por qué? ¿Intentó propasarse?

MARIA:

Con las preguntas bien que se propasó.

PÁRROCO: (Intrigado)

¡A ver, diga una de esas preguntas! **(Larga pausa)**.

MARÍA:

Que cuántos dormían en cada cuarto.

OBISPO:

¡Vaya atrevido ese periodista!

MARIA:

Sí es que es periodista.

PÁRROCO:

¿Qué más le preguntó?

MARIA:

Con perdón de Monseñor, también preguntó... cuántos dormían en cada cama y la frecuencia para cambiar las sábanas.

OBISPO:

¡Es el colmo! ¡No quiero ni que se me acerque ese individuo!

PÁRROCO: (Molesto, a María)

¿Y es posible que usted permaneciera, voluntariamente, bajo el interrogatorio de ese desconocido?

MARIA:

La lluvia, Padre Pablo. Esperábamos que descampara bajo el mismo alero. **(Pausa)**

PÁRROCO:

¿Cuáles fueron sus respuestas?

MARIA:

Le dije que venía aquí a barrer y coletear los pisos, además de las compras... sin importarme quién dormía con quién.

(Obispo y Párroco se miran. Leve pausa)

OBISPO:

Con haberle dicho que esta era una casa pía.

MARÍA:

No podía.

OBISPO: (Mirando al Párroco)

¿Por qué no?

MARIA:

No puedo asegurarlo. **(Pausa)**. ¿Sabe lo que me dijeron en el Seguro Social?

OBISPO:

Cualquier cosa, imagino que le dijeron, menos la de invocar al fulano Juan del Dolor.

(Sonríen Obispo y Párroco)

MARIA:

No, Monseñor. Esa estampita me la regaló una amiga y no la rechacé. Con permiso de ustedes, atenderé el café.

PÁRROCO:

¡Vaya, vaya, y tire esa imagen estafalaria!

OBISPO:

Escuche, María, no tenga preocupaciones por medicinas. Hoy mismo, de la Caja Chica parroquial, sale el dinero.

MARIA:

Gracias, Monseñor. **(Se va por el lateral. Llega al sitio donde coloca su cartera y las bolsas de comestibles y el paraguas; luego, su mano izquierda presiona la muñeca de la derecha y viceversa)**

PÁRROCO:

Tiene una artritis terrible.

OBISPO:

Imagino que eso no mengua su oficiosidad.

PÁRROCO:

Los pisos siguen impecables. **(Leve pausa)** Referente a lo que usted dijo Monseñor...

OBISPO: (Con un gesto)

Pasaré por alto ciertas cosas, padre Pablo; pero la auditoría a su administración se la hago ¡Hasta en el Castell -Gandolfo! Deploro que usted deje pasar cosas con irresponsable ligereza. **(Leve pausa)** Al fulano que aspira entrevistarme, no le daré el placer de hacer preguntas taimadas. El instinto dice que me guarezca. Y a usted, Padre Pablo, el instinto debería llevarlo a indagar más sobre las preguntas hechas a María **(Transición)**. ¿El Diácono es confiable?

PÁRROCO.

Jesús lo es.

OBISPO:

No coincide con las descripciones que usted me dio. No tiene... ¡como once años!

PÁRROCO:

Ese Jesús no vino. El tío fue baleado en plena calle.

OBISPO:

Al acólito lo llamé Jesús y atendió como si así se llamara. Supuse que no era su Jesús, por lo corto del alba. ¿Es que sólo hay un atuendo de monaguillo? ¿Quién es usted, Don Juan de la Tacañería?

PÁRROCO:

Debo procurarme un alba de talla mayor.

OBISPO:

Los asistentes al oficio de hoy no son fieles que dan monedas como óbolos. Y los billetes no hacen ruido en las faltriqueras de los monaguillos. **(Párroco va a decir algo. Gesto)**

¿No dice que es nuevo? No ponga la tentación frente al pobre. El mundo nos obliga a ser previsivos, y a no colocar las posibilidades de pecado frente al pecador.

PÁRROCO: (Mostrándola)

Yo tengo la única llave del cepillo de la misa.

OBISPO:

Bien por Usted. El cuidado del cepillo de la misa va parejo con la dimensión de la fe.

(Inspirado) Así como la oración continua forja una imagen sagrada bajo la percepción humana; así, cada religioso debe mantener vigilancia sobre los óbolos. Crearse la imagen sagrada de los Óbolos. **(Por la puerta que va al altar, entra a escena Acólito. Trae el cepillo y viste un alba que le queda corta)** Vaya a conversar con María y déjeme con él. Ya sé que no es “su” Jesús **(Sale Párroco. Al Acólito)** ¡Venga Jesús, traiga el cepillo! **(Obedece. El Obispo palpa el cepillo.)**

ACOLITO:

Está liviano pero sustancioso, Monseñor.

OBISPO:

¿Cómo lo sabe?

ACOLITO:

Por los buenos billetes que le metieron.

OBISPO:

¿Sí?

ACOLITO:

No habiendo mucha gente en el templo **(El Obispo estruja su pañuelo)** tenía tiempo suficiente para instalarme al lado de todo aquél que se tocara el bolsillo.

OBISPO (Satisfecho)

¡Ajá!

ACÓLITO:

...Y allí me quedaba hasta ver la mano completar el viaje a la cartera para cumplir con el cristiano deber.

OBISPO:

Tu fe es resaltante, muchacho. No eres tan muchacho.

(El Obispo toca el brazo del acólito, quien mira la mano del obispo hasta que él la retira. Pausa. El Obispo sale por la derecha. María aparece por la izquierda y se dirige al Acólito).

MARIA:

Muchacho, ¿qué haces aquí así vestido?

ACOLITO:

Jesús no pudo venir, le mataron al tío.

MARIA:

Lo enterraron ayer.

ACOLITO:

No quiso venir. **(Leve pausa)** ¡Jesús no va a volver!

MARIA:

¿Vas a sustituirlo?

ACOLITO:

Hoy.

MARIA:

Perdóname... ¿podrías comprar café en polvo? Monseñor está esperando. Esas cosas las hace Jesús...y ya no salgo hasta la hora de irme.

ACÓLITO:

Con gusto, señora María.

MARIA (Entregándole dinero)

Me alegra saberte recuperado.

ACÓLITO:

¿De qué?

MARIA:

De la fe. Es bueno verte recuperado en la fe.

ACÓLITO:

Hallé lo que buscaba.

MARÍA:

Bueno, así es la fe. Perder y reencontrar. Bendita es la oveja que vuelve al rebaño.

ACOLITO:

He venido como cordero.

MARÍA:

Olvidando al lobo que llevas por dentro. **(Leve pausa)**

ACÓLITO:

Voy por el café, señora María.

(El Acólito sale. Por el otro lado entra el Párroco.)

MARÍA:

El café tendrá que esperar. El monaguillo fue a comprarlo.

PÁRROCO:

Que Monseñor ignore esa tontería, María. ¡Quiero su colaboración más amplia!

MARIA:

La tendrá, Padre Pablo.

PÁRROCO:

Da la impresión de que usted conoce bien al acólito de hoy.

MARIA:

La abuela vive cerca de mi casa.

PÁRROCO:

¿Qué tal es ese nuevo muchacho?

MARIA:

Está terminando el bachillerato.

PÁRROCO:

Ya se rasura.

MARIA:

Tiene edad.

PÁRROCO:

Usted sabe que a los menorcitos les resulta más fácil asimilar las indicaciones del oficio.

MARÍA:

Están más tiernos.

PÁRROCO:

Los mayores siempre traen rémora de malas costumbres. En cambio, los más “tiernos”, como usted los llama, aceptan la fe de mejor manera.

MARÍA:

Sí que la aceptan. Se dejan coger por la fe. **(Larga pausa)** Este también es un buen muchacho. La abuela elogia sus notas del bachillerato. Es un muchacho tranquilo... aunque

ya no sea tan muchacho. Dice la abuela que lo pensaban trastornado por lo silencioso. Por ser diferente a los demás. Por no querer jugar a las metras para no ensuciarse las manos. Ni gustarle la pelota. Siempre muy dedicado al estudio.

PÁRROCO:

Tal vez tenga vocación para seminarista.

MARÍA:

No lo creo.

PÁRROCO:

¿Por qué? (**María se encoge de hombros**) ¿Es la primera vez que él asiste una misa aquí?

MARÍA:

Aquí sí.

PÁRROCO:

Hay algo familiar...

MARÍA:

¿Le recuerda a alguien?

PÁRROCO:

¡No! (**Pausa**) El alba tan corta debió influir en la desaprobación de Monseñor Melchor.

MARIA:

La medida del alba es la de Jesús, no la de él.

PÁRROCO:

El Obispo lo llamó Jesús.

MARÍA:

Y él responde porque sabe que sustituye a Jesús.

PÁRROCO: (Ceremonioso)

Jesús es insustituible.

MARÍA:

Para usted parece que sí.

PÁRROCO:

Me refiero a Jesús, nuestro Cristo. Cuando usted dijo que él sustituye a Jesús... pues mi celo por el buen uso del nombre "Jesús," me hizo decir que "Jesús es insustituible". Y en verdad nuestro Cristo no tiene sustituto.

MARÍA:

Nuestro Cristo no tiene sustituto.

PÁRROCO:

Y también hablábamos de Jesús Alvarado nuestro Monaguillo, que cuando se le apacigüe la tristeza por la muerte del tío...

MARÍA:

No volverá.

PÁRROCO:

¿Cómo lo sabe?

MARÍA:

Así dijo Fidel.

PÁRROCO:

¿Se llama Fidel?

MARÍA:

Y firma Castro.

PÁRROCO:

¿Es posible?

MARÍA:

La madre de él fue una revolucionaria muerta en una balacera. Al hijo lo llamó Fidel por amor al barbudo cubano. Pero la abuela, renegada de la izquierda, lo llama Él para no llamarlo Fidel.

PÁRROCO:

Me gustaría conocer la abuela.

MARÍA:

Es Evangélica.

PÁRROCO: (Seco)

¿Y por qué él está aquí? ¿Por propio albedrío?

MARÍA:

El estuvo hasta con los Hare Krishna.

PÁRROCO:

¿Hace tiempo?

MARÍA:

La abuela dice que eso fue antes de volverse buen estudiante.

PÁRROCO:

A lo mejor resulta conveniente un monaguillo fornido.

MARÍA:

Estará aquí hoy nada más. Fue lo que me dijo.

PÁRROCO:

¿Y la madre de Jesús y la abuela de El se conocen?

MARÍA:

Yo misma las presenté (**Entra a escena el Vicario**)

PÁRROCO:

Vaya a la cocina, María. Perdóneme por quitarle tanto tiempo. Cuando el monaguillo traiga el café, le prepara una buena taza espumosa al Obispo para apaciguarle lo puntilloso.

MARÍA:

Con su permiso. (**María sale y el Vicario se acerca**).

PÁRROCO:

El Obispo le tiene una queja.

VICARIO:

Lo supuse.

PÁRROCO:

¿Entonces fue adrede?

VICARIO:

Lo confieso.

PÁRROCO:

¿Cómo se atrevió?

VICARIO:

Decía cosas con las que estoy reñido.

PÁRROCO:

¡Censuró al Obispo! (**Pausa**) ¿Acaso no es verdad lo de la inseguridad? ¡Es la preocupación primordial de la feligresía cristiana! La Iglesia tiene que ver con la vida del país, y como el Gobierno es quien la maneja, tenemos la obligación de plantearle el respeto a los derechos humanos, la confianza al sistema electoral, la educación religiosa en las escuelas, las cárceles inservibles y los jueces cuestionables. Apuntando al buen funcionamiento

democrático y la reconciliación de los ciudadanos. **(Pausa)** ¿Cómo volverá a su parroquia si toma tal posición?

VICARIO:

El Obispo mostró su abierta oposición a las sentencias de la corte contra los perpetradores de la masacre de manifestantes. ¡Así no habrá posible reconciliación!

PÁRROCO:

Esos efectivos policiales tenían el deber de preservar el orden público y resguardar la vida de las personas.

VICARIO:

Afirmar que esos policías, comandados por los tres comisarios jefe, armados, y con guantes quirúrgicos para despistar las huellas de pólvora, salieron a preservar el orden público y la vida, sobrepasa toda insensatez. ¿Está despreciando a los muertos del pueblo? Esa homilía, lo hacía. No puedo avalar lo que traiciona mis principios.

PÁRROCO:

Oiga, Padre Pedro: nuestro carácter, insensiblemente, se modifica a diario. Lo que algunos llaman traición, para otros no es más que una cierta habilidad para dejarse llevar por los acontecimientos...

VICARIO:

¡No puedo hacerlo!

PÁRROCO:

En cambio, si puede tomarse licencias que me indisponen con Monseñor Melchor Parra.

VICARIO:

Yo tuve mi parroquia y me extrañaron de ella; ahora estoy bajo su égida, es cierto; pero Monseñor Melchor Parra sabrá manifestarme su contrariedad sin involucrarlo a usted.

PÁRROCO:

En esas líneas finales que usted desdeñó estaba el objetivo principal de la homilía.

VICARIO:

Creí que el objetivo principal era salvar almas.

PÁRROCO: (Luego de mirarlo arriba abajo)

¡Usted es rojo rojito!

VICARIO:

¿Quién lo dice?

PÁRROCO:

¿Lo es?

VICARIO: (Sonriente)
¿Rojo rojito?

PÁRROCO: (Serio)
¡Sí! ¿Lo es?

VICARIO: (Serio)
Si es lo que supongo que usted cree, lo soy; si es lo que supone Monseñor: no soy. **(Pausa)**

PÁRROCO:
¿Qué puede decir sobre el fracaso de la misa de hoy?

VICARIO:
Sin darle importancia a cuánta gente haya o no venido, ninguna misa fracasa si llega al final. Desear que todas sean a templo lleno, es fatua presunción.

PÁRROCO:
Somos de libre albedrío, pero responsables de nuestros actos. Esas líneas que no leyó...

VICARIO:
Está contra mis principios el elogiar a un delincuente fugitivo... y más aun denigrar del Presidente.

PÁRROCO:
Nunca lo consideraré mi Presidente. Con esos modales suyos...

VICARIO:
El modo de ser Presidente, y no los modales, es lo que hacen a un buen presidente.

PÁRROCO:
Llamó delincuente fugitivo al ahijado de Monseñor.

VICARIO:
Es lo que es. Está incurso en los delitos de Homicidio Intencional en Grado de Frustración, en perjuicio del funcionario policial. **(El párroco se encoge de hombros)** Intimidación Pública, Actos Lascivos Violentos contra la funcionaria en grado de cómplice necesario, y otros delitos cometidos cuando era Presidente de la Federación de Estudiantes.

PÁRROCO:
“Dixon Rubio es el líder estudiantil más calumniado”.

VICARIO:
Ya no es estudiante, y de no ser por los actos denigrantes y delictuales cometidos para beneficio del Rector de esa Universidad; Dixon no se hubiera graduado nunca.

PÁRROCO:

Su graduación, con el traslado de la autoridades universitarias hasta la sede de la Nunciatura, fue el símbolo de que para todos los jóvenes hay el cumplimiento de un sueño.

VICARIO:

Ojalá que los compañeros que están en los hospitales, clínicas o sus casas sin poder salir por cualquier problema de salud, les lleven también el acto de grado a su residencia. ¿Dónde hizo pasantías Dixon Rubio? ¿Y el Trabajo Comunitario? ¿Cuál fue su promedio?

PÁRROCO:

Ser ahijado dilecto de Monseñor Melchor Parra es su mejor promedio; y le permite tener deslices de comportamiento.

VICARIO:

También el sobrino de usted tuvo un “desliz de comportamiento” al llevarse las medallas y promesas de oro y de plata.

PÁRROCO: (Suplicante)

Por favor, Padre Pedro, que eso no salga a relucir.

VICARIO:

Por mí no tema (**Leve pausa**) Parece ser que sobrinos y ahijados son flagrante delito de ternura en el clero. (**Pausa**) Yo por lo menos tengo un hijo (**Acólito entra a escena. Se dirige al Párroco**).

ACÓLITO: (Sin mirarlo a la cara)

Está cerrado el Supermercado.

PÁRROCO: (Alarmado)

¿No trae café? (**Acólito niega**) Búsquelo en cualquier lado y que el Obispo nada sepa sobre esto. (**Sale**)

ACÓLITO:

¿Qué quería decir?

VICARIO:

Solicita tu complicidad.

ACÓLITO (Alerta)

¿Cuál complicidad?

VICARIO:

Ustedes sabrán.

ACÓLITO:

No me gustan esas solicitudes.

VICARIO:

Dígaselo.

ACÓLITO:

En su momento lo haré.

OBISPO: (Entrando. Al Acólito)

¿Viene de la calle, Jesús?

ACÓLITO (Cauteloso)

Sí.

OBISPO:

¿Por acaso vio en la cercanía a un tipo delgado, de lentes y bigotitos?.

ACÓLITO:

Hablaba con su chofer.

OBISPO: (Al Vicario)

No se vaya, Padre Pedro, que debemos conversar. **(El Acólito sale)** ¿Y bien?

VICARIO:

Usted dirá, Monseñor.

OBISPO:

Es Usted quien tiene algo que decirme. **(Larga pausa)**

VICARIO:

Los cristianos necesitamos recomenzar desde Cristo.

OBISPO:

Ya la Conferencia Episcopal Venezolana se manifestó al respecto. Esa premisa de volver a los principios originarios del cristianismo, con una supuesta vocación preferencial por los pobres, son los postulados del movimiento que intenta dividir nuestra Santa Madre Iglesia. ¡No le sigamos el juego! La Iglesia Católica no se ha dividido; y ante tal aberración, la Conferencia Episcopal ratifica su comunión plena con la Iglesia presidida por Benedicto XVI, a quien manifestamos nuestra gozosa y obediente adhesión. Tanto los clérigos como los laicos que participan en ese cismático y herético movimiento, incurren en excomunión. Más bien necesitamos hacernos dóciles discípulos, para aprender de Cristo la dignidad y la plenitud de la vida **(Pausa)** ¿Por qué no leyó completa mi homilía? **(Suena su celular y lo atiende)**

VICARIO:

Por estar en desacuerdo con ellas.

OBISPO:

Necesitamos hacernos “dóciles discípulos”, dijo Cristo.

VICARIO:

Necesitamos volver a la pobreza apostólica.

OBISPO: (Al celular)

¿Con quién estaba conversando Perkins? No, no digo porque su teléfono estuviera ocupado...l e vieron con alguien que se acercó al carro. **(Pausa)** ¿Uno delgadito, de bigotes y lentes? **(Leve pausa)** Todavía tardaré un poco. Haga la llamada convenida **(Guarda celular. Al Vicario)** ¿Entonces debo tirar mi celular a la basura y despedir a Perkins? **(El Vicario parece no entenderlo. Le explica)** Si debemos volver a la pobreza apostólica, hay que tomar un cayado y arrear a pie por los ásperos rastrojos **(Vicario sonrío. Obispo se enseria)** Nuestra Santa Madre Iglesia tiene tácitas ventajas para los discípulos dóciles. “No escandalizar es una norma”. Y escandalizar no es nada más el uso de palabrotas de feroz obscenidad. Se puede escandalizar con revelaciones ante desprevenidos oyentes. Como ocurrió en su caso. Gracias a mi defensa no fue secularizado. **(Leve pausa)**. Imagino que ahora está arrepentido.

VICARIO:

¿De qué?

OBISPO:

¿Cómo de qué? De lo que le hablo. ¿Está arrepentido o no?

VICARIO:

No estoy arrepentido de tener un hijo.

OBISPO:

No le digo arrepentido de haberlo hecho, sino arrepentido de haberlo dicho desde el púlpito, Y el colmo, haber repartido entre los feligreses, una carta confesional y fotografías del niño.

VICARIO:

Quería mostrarme humano ante los feligreses... mostrar que tengo flaquezas y la responsabilidad de asumir las consecuencias de mis actos.

OBISPO:

Su niño tiene ya siete años y nadie, casi nadie, lo sabía con certeza ¿Por qué revelarlo a una torpe feligresía dominical?

VICARIO:

Se murmuraba Monseñor.

OBISPO:

Las murmuraciones no se aclaran Padre Pedro. Resulta peor.

VICARIO:

Yo no desmentía una murmuración; más bien la aseveraba. **(Leve pausa)** La ética es lo único que uno se lleva a la tumba.

OBISPO:

Su franca inocencia me desarma, Padre Pedro. Tener orgullo está bien, pero hay que evaluarlo. ¿Cómo pudieron sus feligreses? El pueblo se equivoca y sigue equivocándose porque no sabe pensar. Tiene una cultura política limitada; y lo demuestra en sus decisiones electorales. Si no tuviera usted por presidente un mamarracho desalmado.

VICARIO:

Esa es una expresión política, Monseñor. Un sacerdote no debe exacerbar la mentira en busca de seguir confundiendo a los sectores menos conscientes del pueblo. La revolución es el acto sentimental de un pueblo conectado con su dirigente. Y la fuerza de esa conexión es la que origina los cambios. Usted está fomentando una especie de confrontación entre las comunidades y los organismos del gobierno. Tirando la piedra y dejándose ver.

OBISPO:

Padre Pedro, usted sabe bien que la comunicación entre un obispo y sus sacerdotes es comunicación protegida. No debe ser revelada. Como secreto confesional. Así que le hago una nueva solicitud de franqueza, porque está teniendo inconsecuencias filosóficas y metodológicas.

VICARIO:

¿Y sus inconsecuencias? No puede amarse a Dios y amarse al dinero.

OBISPO:

Exponga una queja concreta.

VICARIO:

Los obispos temen al deseo de los pueblos de ser libres y soberanos; y son incapaces de entender que ellos quieran dirigir sus propios destinos. Los obispos prefieren ser colonias de potencias extranjeras porque es rentable.

OBISPO:

Si llega a ser Obispo, Padre Pedro, buscará la luz a su modo. Hoy aténgase al redil.

VICARIO:

La Iglesia no debe estar colgada del capitalismo, Monseñor. Si no asumimos la verdadera esencia del cristianismo, no somos cristianos **(Leve pausa)** ¡Y sostengo la verdad histórica de que Cristo fue el primer socialista de la humanidad!

OBISPO:

Su estólida retórica revela insuficiente fervor.

VICARIO:

Mi entusiasmo prefiere el bien común a la gratificación personal; y volver al Evangelio original de los Apóstoles, hasta que Cristo vuelva, es buen propósito. La Iglesia no está dividida, pero existen dos clases de católicos: las jerarquías en las pasturas sagradas, elegidos por Dios para guiar; y los laicos cuyo deber es ser débiles y obedientes.

OBISPO:

Me satisface escucharlo razonar. La Iglesia no acepta volver a sus orígenes porque es tiempo superado. Tampoco necesita de milagros. ¡Más bien le molestan! Recuerde a Nazarín, Padre Pedro y no olvide a Santo Tomás. No confundamos fe con entendimiento. La fe penetra el corazón y permanece allí. La fe no se le puede dar al hombre. La tiene o no, porque la fe no es el resultado del discernimiento. No se adquiere pensando. Viene directamente del conocimiento. No tiene fe y punto. Tampoco fe en la fe. Te sientes mejor cuando la tienes, claro está, pero eso lo ignoras si careces de fe. Un hombre sin fe está perdido.

OBISPO:

Querer saber la verdad no está mal; pero debe entender que la gente quiere escuchar lo que cree. Después viene la verdad. **(Pausa)** No podemos controlar lo que la vida nos hace. Todo se resume entre lo que uno es y lo que quiere ser.

VICARIO:

¿Aceptando el mundo tal como es?

OBISPO:

¿Qué podemos hacer por el deshielo polar y los animales en extinción? ¿Cómo evitamos las guerras? El cristianismo reconoce el hecho de la guerra, y hasta predice que nunca parará mientras el mundo exista. Lo que hay que saber hacer es estar con el vencedor. **(Pausa)** Es justificable que el justo sufra por el pecado, porque los pueblos deben expiar sus faltas mediante el sacrificio de muchos inocentes.

VICARIO:

La feligresía popular está cada vez más ausente de la práctica católica, porque siente la religión como instrumento de señorío. Todos conocen de esa jerarquía católica franquista, delatora de los republicanos a través de lo que revelaban en sus confesiones.

OBISPO:

Está en nosotros callarlo. Tenga cuidado.

VICARIO:

En materia teológica no hay novedad sin riesgo.

OBISPO:

El padre Pablo piensa que usted desea esta Parroquia.

VICARIO:

No debería pensarlo...**(Salen por un lado. María y el Acólito se encuentra en el otro)**

ACÓLITO:

El abasto está cerrado. Fui hasta mi casa y agarré el café que había.

MARÍA:

Te lo agradezco **(Lo recibe. Pausa)**. A tu abuela no le gustan los curas.

ACÓLITO:

Nada le dije.

MARÍA:

Tú, en cambio, tan católico **(Él calla. María busca la cafetera para llenarla)** En una conversación que tuve con tu abuela, le dije: “Un hombre que renuncia a todo para entregarse a Dios, no puede ser malo”.

ACÓLITO:

¿Qué contestó?

MARÍA:

Nada. Tu abuela es callada.

ACÓLITO:

Sí es.

MARÍA:

Como tú **(Acólito sonríe. María aparta la cafetera para repetir el gesto de apretar sus muñecas)** Pasé mala noche con el dolor en las manos. Los dedos se me tuercen como cabestro de chinchorro. Dormí a ratos, y un bendito sueño recurrente atizaba mi tormento... Soñé estar hambrienta y con las manos impedidas para amasar arepas; y un energúmeno amenazaba en la puerta de mi casa: “Se va a tener que comer las sillas y las mesas. Se va a tener que comer las alfombras” **(Vuelve a la cafetera)** Como si yo tuviera alfombras. Y aquí me ves guapeando. Once años levantándome con el sol y acostándome con las gallinas... ¡Por un sueldo que nunca subió de mínimo!

ACÓLITO:

¿No reclamó?

MARÍA:

Cada mes y siempre había un “sin embargo”. El Padre Pablo es tan “sin embargo”. Le pone obstáculos a todo. **(Cierra el puño izquierdo y toca al codo con la mano derecha en señal de tacañería)** En cambio el Obispo es “y punto”. Cuando oye una solicitud de

aumento, suelta una latinada para luego concluir diciendo “y punto”. O sea que no vuelvas a tocarle el disco (**Pausa**) La gente dice mucho de sí misma, hasta contando un cuento ajeno.

ACÓLITO:

Creo en el mundo palpable. A veces no entiendo a Dios. Si hay Dios. No entiendo

MARÍA:

Negar a Dios es torpeza. El que conoce nuestros pensamientos ¿crees que no oye nuestras palabras? De alguna forma alguien sabe lo que pasa. Uno que nos conoce, que sabe nuestros pasos... si Dios no existe, entonces ¿Qué existe?

ACÓLITO:

Una materia dinámica que se nos brinda en forma de sensaciones.

MARÍA:

¿Y el alma ?

ACÓLITO:

Tampoco existe. Son historias que brindan conformidad. Somos, nada más, seres con materia y conciencia.

MARÍA:

Llevo toda la vida creyendo otra cosa. La vida es entrega en el amor para cumplir el designio de Dios (**Señala a un Cristo**) Por lo que Él se entregó a la muerte en la cruz. Ofreció su vida por la salvación de todos. Por ti y por mí.

ACÓLITO:

Eso no llevo a entenderlo.

MARÍA:

Es la justicia salvadora. Por eso, “el Padre lo resucita de entre los muertos y lo exalta, gloriosamente, a su derecha”.

ACÓLITO:

“Gloriosamente” es la palabra que se pone junto a lo difícil de tragar. Es el “y punto” de Monseñor, haciendo creer que hay otra vida.

MARÍA:

Todos los seres humanos estamos llamados a la resurrección.

ACÓLITO:

“¿Gloriosamente?”

MARÍA:

Nada es imposible para Dios.

ACÓLITO:

Si es así... ¿por qué Dios no crea otro mundo? Una tierra perfecta llena de vida y aire limpio donde se amen unos a los otros.

MARÍA: (Preocupada)

Sigues igual.

ACÓLITO: (Tranquilizándola)

Le dije que había hallado lo que buscaba.

MARÍA:

¿Aquí? (**Acólito asiente**) ¿Es por Jesús? (**Acólito calla. María señala al Cristo**) No este Jesús, sino el de diez años. (**Acólito asiente**). Ya lo veía venir. (**Leve pausa. Repite el gesto de apretarse las muñecas**).

ACÓLITO:

¿Por qué no va al Seguro Social?

MARÍA:

Fui y me dijeron que no estaba en lista. Mi nombre no figura en registros. No existo en archivos. La cuota del Seguro Social sí me la dedujeron durante once años y allí ni siquiera estoy inscrita. Al Padre Pablo le encomendaron corregir el error hace tiempo y yo pensé que había sido resuelto. Por lo que me regalan medicinas, diagnosticadas al vuelo por un médico que ni el pulso me toma. En una reunión cualquiera me ponían a recitar mis síntomas frente al doctor fulano o mengano, quien sacaba una muestra de su maletín, o garabateaba un recípe a la carrerita... ¡Y así nunca fui al Seguro Social! Ahora necesito jubilarme y abro los ojos. Culpo a mi ingenuidad por no verificarlo. Cuando reclame mis derechos, dejaré de ser “la muy apreciada y consecuente señora María” para ser simplemente María (**Larga pausa**). “Sería maravilloso tener fe en la Virgen María”, me dijo la reumatóloga cubana que desde ayer me trata. ¡Me atreví! No estando asegurada me fui al centro de diagnóstico integral. El Obispo me tiene amenazada con exorcismo si me atreviera. “Usted no tiene necesidad de pedir limosna al Gobierno. Quien la recetó, es una eminencia; y esos doctores cubanos no se graduaron en ninguna parte”. (**Leve pausa**) Me atreví a verme con los cubanos porque esos amigos del Obispo, no me mirarán cuando ya no limpie estos pisos (**Pausa**) La especie más viciosa de hombres es el sacerdote, porque enseña la contra naturaleza. La ausencia de mujeres en sus vidas los vuelve un poco femeninos y la continencia va dejando salir la mujer que llevan por dentro... “Se le fue quien le mordía el cogote” escuché decir al Padre Bolacho sobre otro ahijado de Monseñor que ingresó al seminario. Hoy, el Obispo Melchor vuelve a estar acontecido porque se le fue quien le “mordía el cogote”. Cuando una es una muda empleada deslomada sobre las baldosas de los pasillos, escucha retumbar muchos honores.

ACÓLITO:

Usted conoció al Padre Bolacho.

MARÍA:

El único que no tenía muerto el espíritu de compasión (**Leve pausa**) “la carrera es de los veloces”, me decía cuando me veía limpiando los corredores en un santiamén (**Suspira**) En él sus virtudes eran defectos. Tenía un carácter inconstante y acometía tareas inexplicables... ¡pobrecito! Era de esperarse que le sucediera una violencia parecida... el Obispo está acusado por inmoralidad política al querer cambiar los motivos del crimen para culpar al Gobierno.

ACÓLITO:

El periódico decía que usaba lencería negra y largas medias de seda sobre sus duras piernas de futbolista.

MARÍA:

Lo que de él digan. Era un ser viviente auténtico. No conoció restricciones ni prudencia. Cuando ocurrió su terrible asesinato, Monseñor Melchor, resaltando la inseguridad, convenció a la Conferencia Episcopal para trasladar la venerada imagen de la Santa Madre Inmaculada de Yomare, a las puertas del hotel donde Bolacho fue ultimado; pero las beatas de la parroquia se opusieron al traslado... ¡y de la organización de las viejitas culpan al Padre Pedro!

ACÓLITO:

Al Padre Pablo quiero desenmascararlo ante el Obispo. Necesito su ayuda, señora María. **(Salen. Por el lado contrario entran Obispo, Párroco y Vicario).**

OBISPO:

Bueno, ya se aclaró el malentendido: el Padre Pedro no quiere quedarse con esta parroquia ni el Padre Pablo desea regresar a la suya antigua (**Leve pausa**).

Y volviendo al tema anterior: confieso que ser Cardenal es el rango más alto de la Iglesia Católica. Cuando el Cardenal Larrosa, aseguró que había surgido la posibilidad de postularme para Cardenal, me sentí contento y codicioso, por supuesto; porque es algo que todo Obispo desea. Me preguntaba yo mismo si era un pecado codiciarlo. Pero no encontré nada reprobable. Todo lo contrario, es una obligación que tengo más allá de la Diócesis. Es mi incumbencia con la Iglesia. Es una honorable aspiración ¿no?

PÁRROCO:

Así es, Monseñor.

OBISPO:

¿Y usted qué dice, Padre Pedro?

VICARIO:

Cuando la Providencia hiere hay que dejarla. Si no fui digno de servir a la fe como General, permítame serlo como Soldado.

OBISPO:

La madurez de un hombre comienza cuando advierte sus limitaciones.

VICARIO:

“Mea culpa, mea culpa, mea máxima culpa”.

OBISPO:

La vida está llena de pruebas duras que si afrontamos nos hace felices por no dar gusto al diablo que nos quiere cobardes. Podemos usar nuestras debilidades para el crecimiento interior, si las reconocemos y las ponemos en la manos de Dios, como primer paso para corregirlas. Él, luego disipará las tinieblas que oscurecen el alma.

VICARIO:

Dios ve en mi corazón y sabe que busco el bien. Si caí en la tentación de la carne, si fui débil y desobediente porque miré a la mujer como el hombre la mira, aspiro a ser firme ante las tentaciones de la muerte.

OBISPO:

“Nulla salus extra ecclesiam”

VICARIO:

Creo en el poder infinito del arrepentimiento. Unos sostienen que el bien es una cosa y otra muy distinta es el mal. Algunos sostienen que son la misma cosa; y que, lo que para uno puede ser bueno, para otro es malo; y que, incluso para una misma persona, unas veces es bueno y otras veces malo. Como ocurre con la nueva Ley de Educación que quiere ser igualitaria y algunos la deslegitiman.

OBISPO:

Porque la educación debe ser igual pero separada. No puede medirse con tabla rasa a los hijos de familias pudientes, llamados a tomar las riendas del país y los niños que, por su origen socioeconómico, deben ser educados en el respeto hacia la autoridad. La Iglesia Católica debe oponerse a todo intento de homogeneizar la educación básica, porque esto sólo nos llevará al caos y a la guerra entre hermanos. Los niños de los estratos más pobres querrán acceder a las mismas posiciones que sus compañeros más afortunados, creando la inconformidad y alimentándose la envidia. Los de los estratos superiores perderán motivación para estudiar y alcanzar el éxito. Con una educación talla única crearemos una nación de envidiosos y conformistas.

(Suena el teléfono celular del Párroco. Atiende)

PÁRROCO:

¿Sí? (Leve pausa) Voy allá. **(Concluye llamada)** Con sus permisos. **(Sale)**

OBISPO:

Debajo de su firme exterior, hay una enorme falta de carácter, Padre Pedro. Usted ve con óptica ajena, embarullado como está con mentiras políticas. Las acciones contra los planes de Dios fracasan tarde o temprano. El Gobierno quiere acabar con la Iglesia y volverse

Iglesia por mandato creando una Iglesia Católica paralela; pero no es tan sencillo desarticular y desconocer la misión de una estructura de tanta trayectoria; así como no pueden inventarse nuevos sacramentos. Entre los religiosos, habrá divergencias, opiniones contrarias, de acuerdo al punto de vista de cada uno; pero al final somos un solo rebaño cuyo pastor es Cristo Jesús. ¡Necesitamos una revolución de derecha que borre el pasado, que esfume esos insípidos conceptos de patria, soberanía, ideología, modo de vida... ¡Que todo termine en la Gran Religión!

VICARIO:

No es tan fácil arrancar nuestras raíces.

OBISPO:

Jesús pidió a Pedro dejarlo todo para pescar hombres; y usted Padre Pedro, pretende desconocer la majestad católica.

VICARIO:

Monseñor, uno debe aprender a soportar cualquier clase de acusación, por lealtad insobornable hacia uno mismo, por fidelidad a los profundos dictados de la conciencia... pero soy un sacerdote católico y a mi fe me debo.

OBISPO:

Su aparente razonamiento a veces lo delata.

VICARIO:

¿Qué es lo que más necesita el mundo, Monseñor? ¿Hombres talentosos exteriormente capacitados para materializar espejismos, u hombres de quebrantado corazón interiormente transformados? La paz se mantiene sobre la base de la justicia; y yo le digo que afilando la ideología defendiendo mi visión del mundo, de la perspectiva del humilde ante su desgracia social y de la opulencia bochornosa de una minoría.

OBISPO:

Todo ese hablar puede ser de una máscara. Cada humano lleva una, a veces varias. Lo intrincado es adivinar quién está detrás de la máscara. Por ejemplo, ¿qué intereses lo mueven a defender al gobierno con tanta vehemencia?

VICARIO:

Mis intereses siguen siendo los mismos. ¿Por qué cuantificar en moneda un acto de amor? ¡Salvar almas es el interés principal!

OBISPO:

El dinero cuando se aplica juiciosa y oportunamente, puede lograr cualquier cosa.

VICARIO:

¿Está hablando de la posibilidad del camello para poder pasar por el ojo de la aguja?

OBISPO:

Desde que el mundo es mundo se hace tal tránsito. Hablemos en concreto. ¿Tuvo usted algo que ver con el fracaso de la misa de hoy...?

VICARIO:

El evento estaba señalado como un fracaso, desde que su ahijado se fugó de la Nunciatura. Nadie creyó ese cuento de que el dispositivo de alarma había sido forzado, para impedir el contacto al abrirse la puerta. Y hay testigos que vieron salir con sotana a su ángel con garras de acero. Aleje su ojo inquisidor y su mente penetrante de las negras artes de la conspiración, y vuelva a la teología de la felicidad.

(Sale el Obispo indignado. Por el lado contrario, entra Acólito. Vicario lo aborda)

VICARIO:

Te vi abrir el cepillo.

ACOLITO:

Pero no me vio sacar billete.

VICARIO:

¿Por qué?

ACÓLITO:

Un desafío personal. **(Leve Pausa)** ¿Se lo dirá al Obispo?

VICARIO:

Ni siquiera al Párroco.

ACÓLITO:

¿Usted en verdad tiene un hijo?

VICARIO:

Sí. Todos ya lo saben. ¿Quieres ver su foto? **(La muestra).**

ACÓLITO:

Todos niño tiene la mirada limpia... hasta que lo manosean. El delito mayor es despertar la sexualidad de un niño con melosidad curil. Con pequeños juegos envolventes, conversaciones inocentes, miradas fijas, medias sonrisa cómplices, guiños inesperados, que entorpecen el camino normal de la vida. **(Le devuelve la foto)** Usted no lo querrá de monaguillo.

VICARIO:

Lo que la madre quiera.

ACÓLITO:

Con su orientación.

VICARIO:

Deseaba revelar su existencia para tener el placer de llamarlo “hijo”.(**Pausa**)

ACÓLITO:

También dicen que usted es rojo rojito.

VICARIO:

También.

ACÓLITO:

Lo que usted sí es, es un sacerdote muy particular.

VICARIO:

¿Cuántos has conocido?

ACÓLITO:

Todo el mundo sabe cómo son los curas y usted es un innegable caso especial. Tan especial que está degradado. Le quitaron su Parroquia y lo colocaron como subalterno...

VICARIO:

Bendito sea el azote, si con ello ganamos gloria ante el Señor. Para las almas devotas son más gratas las calumnias que las alabanzas inflamadoras del orgullo.

ACÓLITO:

Si desde hace tiempo la Iglesia sabía que usted tenía un hijo, ¿por qué ahora lo castiga? ¿Por decir la verdad? La Santa Madre Iglesia consiente mejor los abusos a los niños porque no quedan embarazados.

VICARIO:

La tergiversación de valores procede de la casta sacerdotal que convierte en perverso lo que antes era bueno. Y viceversa. Pero quien comete injusticia también hace daño sobre sí mismo. El recuerdo de las iniquidades cometidas lo persigue siempre. Es la conciencia. Todos tenemos esa conciencia. Unos simulan. Pero no a solas.

ACÓLITO:

Quien le gana la batalla a la conciencia... ¿gana en la vida? El Obispo, por ejemplo, cuando dice sus mentiras no respeta al oyente porque sólo ambiciona una posición. El poder ilimitado de hacer y decir lo que quiera... cuando le place, cuestionando a los demás.

VICARIO:

Jesucristo es el modelo de vida, no los obispos.

ACÓLITO:

El Santo Papa de hoy, estuvo durante veintisiete años a cargo de la Oficina de la Congregación para la Doctrina de la Fe, el departamento del Vaticano que debía asegurarse

de que los sacerdotes no lastimaran a los niños. Era, aparte del Papa de entonces, quien hubiera podido frenar el problema y no lo hizo. Luego, los obispos ocultaron los informes y volvieron a sus diócesis; como si nada hubiera pasado. Sabían de los abusos sexuales contra niños, y nada hicieron para frenarlos; a excepción de evitar que la policía, el público y los creyentes se enteraran.

VICARIO:

Cuando una mentira es descubierta, te aureola la desconfianza. Eso pasa con la Iglesia, pero no con Dios.

ACÓLITO:

¿No dicen que si una hoja de un árbol se mueve, es por la Santa Voluntad?

VICARIO:

Sí.

ACÓLITO:

Entonces... si un hombre comete una falta, Dios la comete.

VICARIO:

Los designios de Dios son impenetrables. Él nos da plena libertad para elegir el bien o el mal. El mal moral se remonta a la libertad humana de la elección: "Liberum Arbitrium". Del mal uso de ese bien concedido no puede ser Dios responsable.

ACÓLITO:

Pero nos hacen creer que nacemos manchados por el pecado y toda nuestra vida será indigna por tales culpas.

VICARIO:

También concede el perdón de los pecados.

ACÓLITO:

Y los nuevos pecados cometidos, al confesarme, son luego perdonados. Una y otra vez. Lutero dijo que la Iglesia era un mercado. **(Larga pausa)** ¿Qué piensa de la Teología de la Liberación?

VICARIO:

No creo en ningún tipo de violencia. Aunque hoy se condena hacer teología a partir de los pobres, habría que rescatar la figura de Camilo Torres y su tesis de fusil y evangelio que daba asistencia espiritual e ideológica desde un punto de vista marxista-cristiano. **(Pausa)** Vienes en plan de venganza. ¿No es cierto? Esta es la casa de Dios y en ella no cabe ejecutar maldad.

ACÓLITO:

Excepto con niños. **(Vicario permanece imperturbable)** Yo no tengo padre. No lo conocí... pero cuando tenga un hijo, lo primero que le enseñaré es a patear al que le toque el

culito. ¡Tirar la patada como un mulo y luego mirar al pateado!

VICARIO:

¿Es por Jesús todo tu resentimiento? **(Pausa** ¿Es por tí? **(Pausa)** ¿Cómo sabes lo de Ratzinger?

ACÓLITO:

No es fácil expresar con palabras las grandes emociones. Aquí está el Padre Pablo y no dejaré de hacerlo ponerse en evidencia frente al Obispo. ¡Que Monseñor constate que el Padre Pablo no practica lo que predica!

VICARIO:

Ellos creen conocerse mutuamente. No planifiques maldades contra una fortaleza.

ACÓLITO:

Ayer supe lo de Jesús... Me acerqué a él, a petición de la madre. Estaba muy acontecido por la muerte del tío. Imaginábamos que era esa su única preocupación; para descubrir, luego de mucho insistirle, el daño moral sufrido a manos del Párroco. **(Pausa)** No dormí en toda la noche, planificando mi venida aquí. No se preocupe, Padre Pedro. No emplearé fuerza; pero si toda la maña posible para desenmascarar a quien gasta igual tiempo en armar la trampa para sus víctimas que en ser sacerdote. Sólo voy a interrogarlo.

VICARIO:

Si no logras respuestas satisfactorias a tus preguntas, debes prometer que no regresarás con nuevos intentos vindicativos porque te pongo en evidencia.

ACÓLITO:

No volveré por lo que no pueda conseguir hoy.

(Sale el Vicario. María entra a escena por el lado opuesto. Trae una bandeja con dos tazas en sus platillos. Una taza grande, ostentosa, con ribetes dorados y otra sencilla. El Acólito se acerca a María. Saca un sobrecito cuyo contenido vacía en la taza sencilla. Revuelve con la cucharilla. Levanta la taza con su platillo)

MARÍA:

Dios nos perdone, Fidel.

ACÓLITO:

Dios está de nuestra parte.

MARÍA:

No estoy segura. Aquí la gente encuentra confesor, consejero espiritual, misionero, líder social, párroco; y tú, Fidel, sostienes que aquí no hay santidad.

ACÓLITO:

No la hay.

MARÍA:

Tal vez yo no sé ver... no puedo ver, o no quiero ver. ¿Qué me pasa?

ACÓLITO:

Lleve el café al Obispo antes de que se enfríe.

MARÍA:

A ellos les gusta el café frío.

ACÓLITO:

Llévelo, María. De la cabeza de San Pablo me encargo yo.

MARÍA:

No hables de ese modo porque me asustas, muchacho.

ACÓLITO:

Nada malo le ocurrirá, se lo prometo. Será dócil sin poder evitarlo; y yo me ocuparé de hacerle preguntas frente al Obispo. Contestará la verdad, porque ni siquiera podrá notar si las respuestas lo perjudican.

MARÍA: (Alarmada)

¿Contestará a todo lo que se le pregunte?

ACÓLITO:

Sin restricciones. ¿Qué teme? ¿La asusta descubrir quién la estafó con las deducciones del Seguro Social? ¿No quiere saber lo que pasó con el Padre Bolacho?

MARÍA:

El Padre Bolacho era tan especial. Todo lo decía en un aparente sobreentendido, pero siempre cortés, muy cortés. “Estoy reparando los defectos de mi carácter”, decía él como sempiterna excusa; y, hoy, yo tiemblo por el alma que ocupó su cuerpo.

(Viene Párroco. Acólito y María se separan. Ella sale fuera de escena con bandeja y taza. Acólito va hacia el Párroco. Le ofrece la taza con café).

PÁRROCO: (Recibiéndola)

Está caliente. **(Coloca la taza en una mesita. Acólito se mantiene cerca de la taza)** El pago por el día de hoy se le cancelará mañana.

ACÓLITO:

Monseñor me pidió esperarlo.

PÁRROCO:

Siendo así... **(Pausa).**

ACÓLITO:

¿Está bien de azúcar el café?

PÁRROCO:

No lo he probado.

ACÓLITO:

Deseo saber cómo está de azúcar. **(El Párroco agarra la taza y la lleva a la boca con cautela. Toma un breve sorbo).**

PÁRROCO:

Lo noto algo amargo, pero estará bien al enfriarse. **(Suena su celular. Atiende. Habla.)**
Sí, ya voy hasta la entrada. **(Guarda su celular. Sale. María viene por el lado contrario con la bandeja donde lleva un cuaderno y los restos de la taza y el plato quebrados).**

MARÍA:

Estoy tan nerviosa que hice una rubiera.

ACÓLITO:

No venga a derramar éste.

MARÍA:

Fue accidental. La mano aflojó sin mi voluntad.

ACÓLITO:

Con esta taza llegaremos a la verdad. **(Regresa el Párroco con lentitud. Los mira extrañado. Acólito toma el cuaderno. A María)** ¿Y esto qué es?

MARÍA:

El cuaderno de las planas.

ACÓLITO:

¿Planas?

MARÍA:

Una sola plana repetida en todas las páginas.

ACÓLITO:

¿Y qué quiere decir esto? **(Lee)** “Trátame como a una burra”

MARÍA:

Se trata de una maestra de primaria que, en su colegio, aun llama “burros” a los alumnos de poco entendimiento. Una alumna hizo cien veces tal plana. Monseñor tomó el cuaderno para mostrar lo inapropiado de ciertos métodos de enseñanza. **(María intenta tomar de vuelta el cuaderno. Acólito lo retiene. Vuelve el Párroco. Luce atontado)**

PÁRROCO:

No sabía a donde iba.

MARÍA:

(Asombrada, al Acólito) ¿Ya?

ACÓLITO:

Puede ser. **(A Párroco)** ¿Está feliz?

PÁRROCO:

(Responde. Embelesado) Muy feliz.

ACÓLITO:

Imagine un día de mar, Padre Pablo.

PÁRROCO:

Cuando era niño.

MARÍA:

Dudo que haya sido niño **(Acólito hace gesto pidiendo silencio a María)**

ACÓLITO:

Imagínese niño, Padre Pablo. **(Saca un llavero de larga cadena, lo mueve como péndulo cerca de la cara del Párroco)** Imagínese niño.

MARÍA:

Eso lo aprendiste con los Hare Krishna.

ACÓLITO: (Hace gesto a María para callar. Al Párroco)

Imagínese niño. Haga el esfuerzo.

PÁRROCO:

(Mansamente) Ajá. **(Con los ojos abiertos se estremece. Larga Pausa).** Soy un niño.

MARÍA:

Le costó bastante.

ACÓLITO:

(Gesto de silencio a María. Al Párroco) Está en alta mar... nadando profundo.

PÁRROCO:

(Ensimismado) Profundo.

ACÓLITO:

Imagine a un pulpo.

MARÍA:

¡Cuidado con los tentáculos! **(El Párroco se toca el culo. María aguanta la risa).**

ACÓLITO: (Al Párroco)

Está sucio, no se toque porque es peor. Cambie su ropa interior. Tengo algo de su talla **(Saca una pantaleta roja. María va a reír. Le viene el dolor y hace el gesto de las muñecas sin dejar de sonreír. El Párroco recibe la pantaleta y la mira detenidamente)** Este interior es rojo rojito para confundir al enemigo **(Párroco hace gesto de complicidad.)** Ahora vaya allí detrás; se cambia y, de regreso, me entrega el interior que se va a quitar. **(El Párroco asiente y, con paso lento, va a cambiarse tras un biombo)**

MARÍA: (Al Acólito)

¿No es suficiente oírle confesar sus culpas, sin tener que abochornarlo?

ACÓLITO:

No es suficiente, María. ¡Hay que avergonzar a tales delincuentes! Las caricias y los maltratos nos guían desde la infancia; y usted parece desconocer los daños irreparables en la vida adulta de los niños abusados. ¡Del deterioro que los marca para siempre!

MARÍA:

Jesús Alvarado todavía no es adulto.

ACÓLITO:

¡Cuando lo sea se sentirá abatido! **(Regresa el Párroco con un lado de la sotana mal acomodado)** ¿Cómo se siente, Padre Pablo? **(El Párroco, atontado, hace una señal indicando que se encuentra “más o menos bien”)** ¿Por qué no se sienta? ¿Lo llevo a la butaca? ¡Diga sí! **(El Párroco asiente con la cabeza. María le arregla el ruedo de la sotana. El Párroco mira a María con desconfianza).**

ACÓLITO:

Ella es María. Enviada de Salomé. ¿Recuerda a Salomé, la que pidió la cabeza del Bautista? **(El Párroco asiente)** María trajo la prenda interior que le sacó del aprieto **(El Párroco le muestra el interior que acaba de quitarse. Acólito se lo recibe y lo aparta)** Salomé fue muy amable al sacarlo del apuro. ¿No es cierto? **(El Párroco asiente mansamente)** Y Usted, tan agradecido, le debe ese favor. **(El Párroco asiente de nuevo)** Dígame, Padre Pablo, como conocedor de las sagradas escrituras... ¿Qué hizo Salomé? ¿Cantó o bailó?

PÁRROCO:

Salomé bailó.

ACÓLITO:

(Con el pase hipnótico) Esa prenda que Salomé le facilitó, lo compromete a bailar cuando escuche esta precisa melodía. **(Hace sonar la música de su celular)** Cuando la oiga, no olvide que Salomé baila. ¡Dígallo!

PÁRROCO:
Salomé baila.

ACÓLITO:
Y cuando escuche esta melodía, Usted, en agradecimiento, bailará para Salomé (**Hace sonar, nuevamente, la melodía del celular. El Párroco, ensimismado, mueve los brazos para intentar bailar. El Acólito apaga la melodía y lo apacigua**). Tranquilo ahora; ya le tocará bailar cuando vuelva a sonar. ¿Entendido? (**Párroco asiente**) Mientras tanto, de forma sincera, ensayaremos un cuestionario que responderá frente al señor Obispo.

PÁRROCO: (Alelado)
Frente al señor Obispo.

ACÓLITO:
¿Usted se excita con una mujer, Padre Pablo? ¡Sea sincero! (**Pausa**)

PÁRROCO:
No.

ACÓLITO:
¿Se excita con un hombre?

PÁRROCO:
No.

ACÓLITO:
¿Se excita con un niño?

PÁRROCO:
Sí.

ACÓLITO:
¿Desde cuándo siente esa confusa inclinación?

PÁRROCO: (Aturdido)
Siento voces en mi mente.

MARÍA:
Ese es el diablo.

ACÓLITO:
Siempre es fácil culpar al diablo.

MARÍA:
Todos tenemos uno. Usted, Padre Pablo... ¿tiene su diablo aconsejándolo?

PÁRROCO:

La vida sería más divertida si todos fuéramos diablos, y ninguna tontería sobre ángeles y ser bueno. La vida no es corta, sino que la perdemos en vaciedades, teniendo el bien y el mal como principios que todo lo determinan.

MARÍA:

Lo que para usted está bien, tal vez no lo esté para otro.

ACOLITO:

Diga lo que pasó con Jesús Alvarado.

PÁRROCO:

Quizá... me propasé de cariñoso en un par de ocasiones.

ACÓLITO:

¿Cómo fue eso? ¿Cuáles incentivos usaba para la indecisión del niño? Imagino las ínfulas apostólicas, el sonrojo confesional, los coloquios mesurados, las palabras almibaradas y, por supuesto, las quimeras celestiales. Todo eso antes de meter mano. ¡Siga!

PÁRROCO:

Lo toqué en sus partes indebidas muy brevemente; dándole consejos sobre su comportamiento en el seno de la familia.

ACÓLITO:

¿Cómo podía aconsejarlo si usted no formó familia propia?

PÁRROCO:

Por mis estudios, por mi preparación... Estamos académicamente formados para materializar espejismos, dice Monseñor.

MARÍA:

¿Cuáles espejismos usó para engañar a Jesús?

PÁRROCO:

A Jesús no puede engañársele. Él es el único capaz de mirar a nuestro interior y conocer nuestras debilidades... ¡y luego perdonarnos tras la confesión!

MARÍA:

El otro Jesús, Padre Pablo. El de Diez años. ¿Cómo pudo envolverlo?

PÁRROCO: (Dulcemente)

¡Jesús Alvarado! **(Pausa)** Pero lo que él dice que pasó, no ocurrió en realidad. Los niños tienen una tendencia inexplicable a exagerar. Imposible recabar pruebas.

ACÓLITO:

¿Qué le dicen esas voces en su mente?

PÁRROCO: (Sublime)

Repiten mi letanía de la Santísima Trinidad. Continuamente. Sin parar.

ACÓLITO:

(Recita) “El proceso de la interpretación filosófica del dogma cristiano culminó en dos Concilios: el Concilio de Nicea en el año trescientos veinticinco y el de Constantinopla en el año trescientos ochenta y uno. Y sus conclusiones fueron que en Dios hay una sola sustancia en tres personas distintas” **(El Párroco asiente)** Lo que viene a significar que la Santísima Trinidad existe porque esos Obispos o Cardenales, o lo que fueran, decidieron dejar su impronta religiosa, creándole dos ministros a Dios. No lo creyeron capaz de un desempeño en solitario, por lo que decidieron volverlo tres en uno.

MARÍA: (Con reproche)

¡No lo diga de ese modo, Fidel! Yo creo en la Santísima Trinidad desde mi niñez **(Leve pausa)** Y entonces... ¿a dónde fueron a parar todos mis años de rezos y alabanzas?

ACÓLITO:

Esa letanía de los Concilios, la recitaba en voz alta, simulando goce espiritual, junto a los postigos abiertos de su ventana, y para los oídos de todos los que pasaran por el corredor... cuando, en realidad, estaba dedicado a maltratar un culito infantil.

PÁRROCO:

No lo maltraté. No podía hacerlo porque tengo un mezquino pipicito que no le causa dolor. Mi miembro es tan pequeño como el de él. ¿Cómo maltratan mis escasas dimensiones? **(Leve pausa)** Sus imaginarios escarceos lo llevaron a señalarme. Es bastante imaginativo. En algunas oportunidades ha dicho que un ángel se le aparece en sueños.

MARÍA:

Diga los detalles de la otra vez.

PÁRROCO:

En cierta oportunidad le subí el cierre de su pantalón. Luego de haber ido al baño dejó abierta su bragueta. Fue una paternal advertencia al descuido infantil.

MARÍA:

¿Y después?

PÁRROCO:

En otra ocasión sí le saqué el pene del pantalón y empecé a masturbarlo. Sólo un ratito.

ACÓLITO:

No es el primer incidente parecido en el que ha estado implicado.

PÁRROCO:

Todas las veces pedí perdón y fui absuelto. **(Sonríe)**

ACÓLITO:

Han debido expulsarlo, y tomar medidas para que no estuviera junto a los niños.

PÁRROCO:

Obtuve mi absolución, porque Dios transforma al pecador en hombre nuevo.
(Acólito, molesto, intenta encimársele. María interviene)

MARÍA:

Ahí viene el Vicario.

VICARIO:

¿Qué le pasa al Padre Pablo?

ACÓLITO:

¡A ver, Padre Pedro; hágale una pregunta!

VICARIO:

No creo que sea correcto en estas condiciones.

ACÓLITO:

Más incorrecto es lo que él ha estado haciendo. **(Le muestra el cuaderno de planas)**

VICARIO: (Luego de mirarlo rápidamente)

¡Esto es un disparate! ¿Cómo puede denigrarse de este modo de la enseñanza?

ACOLITO:

Esa es la clase de educación que la Iglesia desea. ¿Cómo es que alguien, preparado pedagógicamente, puede humillar a un alumno de esta manera?

OBISPO: (Entrando)

Esa es una prueba de lo que perjudica esa arbitraria nueva Ley de Educación. Pretender igualar a educandos y educadores, les hace entender que hasta pueden decirse esas cosas. No estoy de acuerdo con esa maestra que llamó “burra” a su alumna de poco entendimiento. ¡No estoy de acuerdo con tales reprimendas!

VICARIO:

No parece letra de una mala alumna.

OBISPO:

¡Gracias!

ACOLITO:

¿Qué significa este cuaderno, Monseñor?

OBISPO:

Una prueba de sumisión.

VICARIO:

Deplorable.

OBISPO:

Depende. El mundo entero sabe lo que pasa en este país. Esa lógica invertida con igualdad para abajo es un abuso de poder. Pretenden hacer ideología con la educación.

VICARIO:

Toda educación es ideologizante. No puede ser neutral porque se está educando para la vida

OBISPO: (Quitándole el cuaderno)

Por eso requisé el cuaderno. ¡Permítamelo! **(Sale con el cuaderno. El Párroco gime)**

VICARIO:

¿Cómo se siente, Padre Pablo? **(El Párroco sonrío tontamente, con los ojos cerrados)**

ACÓLITO: (Burlón, señalándole la taza)

¿Quiere probar cómo él se siente?

MARÍA:

¡Usted no, Padre Pedro! **(El Párroco manotea)**

VICARIO:

¿Qué le pasa, Padre Pablo?

PÁRROCO:

¡No veo!

VICARIO:

Tiene los ojos cerrados.

ACÓLITO:

Pero lo escucha. Manifiéstele su pesar por los abusos cometidos por él como Párroco. Y los sucesivos cambios de parroquias, sin castigo ni escándalo, para que nada empañara la campaña del señor Obispo por su cardenalato.

OBISPO: (ENTRANDO, ADUSTO, SIN EL CUADERNO)

Para ser monaguillo interino luce empapado con la parroquia, Jesús.

ACÓLITO:

¡No soy Jesús. Soy Fidel.

(El Obispo lo mira extrañado. Mira a María. Ella asiente)

OBISPO: (Al Vicario, señalando al Párroco)

Usted está en esta confabulación.

ACÓLITO:

¡Soy yo quien está desenmascarando al Párroco!

OBISPO:

¡Vade retro!

ACÓLITO:

¡Vade ultra!

OBISPO:

No prestaré atención a la consistencia deshilachada de su razonamiento. Tampoco podrá enlodar el nombre de mi párroco. Aunque el Padre Pedro, haciéndose su cómplice, le haya participado algún innoble rumor.

VICARIO:

Nada he revelado porque nada sé, Monseñor.

ACÓLITO:

Quiero dejarle bien claro que el acusador es un niño indignado, engañado, lesionado en su hombría, besado en la boca con áspera lengua de lija y penetrado dolorosamente.

OBISPO:

Usted hace que todo parezca un crimen.

ACÓLITO:

Y la gente como usted cree que la maldad es prueba de inteligencia, y la bondad prueba de estupidez.

OBISPO:

Mida sus palabras.

VICARIO:

Esta en la casa de Dios

ACÓLITO:

No tengo religión. No necesito Dios, ni salvación, ni la vida eterna. Soy mi propio Dios y tengo mis propios ángeles y demonios.

OBISPO:

¡Irás al infierno!

ACÓLITO:

¡Eso espero!

OBISPO: (Indignado)

María, tenga la bondad de ir a buscar mi maletín y mi celular. No puedo permanecer aquí, escuchando barbaridades, frente a un sacerdote apabullado por calumnias. **(María sale)** Un párroco ejemplar por el que estoy dispuesto a meter la mano. ¡Diga algo, Padre Pablo! **(Acólito hace funcionar la música de su celular. El Párroco levanta la vista).** ¡Diga algo en su defensa, Padre Pablo! **(El Párroco se pone de pie)** ¡Hable!

PÁRROCO: (Absorto)

¡Salomé baila!

(Acólito vuelve a encender su celular. Al escuchar la música, el Párroco comienza a mover las caderas y las manos como danza oriental. Al finalizar la melodía, Acólito la hace funcionar nuevamente. La danza del Párroco toma calor. Se levanta la sotana, dejando ver la pantaleta roja. El Obispo está consternado. Se sienta y mira la taza de café allí colocada. La agarra y toma un trago largo. Viene María trayendo sus cosas)

MARÍA:

¡No, Monseñor! **(El Párroco detiene su danza)** ¡Ese café está... frío!

OBISPO:

Está amargo, pero no importa. **(Se despacha el resto y vacía la taza. Párroco permanece de pie)** Un cigarrillo después del café es mi única debilidad. **(Todos atentos al Obispo. María le entrega el celular)** Tenía que llamar a Perkins, mi aquiescente María... ¡pero no recuerdo por qué!

VICARIO:

Tenga la bondad de sentarse, Monseñor.

OBISPO: (Sin hacerlo)

Sí... es mejor.

ACOLITO:

Pregúntele, María, por el padre Bolacho.

OBISPO: (Inmediatamente)

“Sabemos que las investigaciones se están realizando, y que hay aprehensiones; sin embargo, falta encontrar los actores intelectuales. Queremos la verdad. Queremos que los culpables sean castigados y que se trate este asunto con gran sentido de justicia. Hay que defender la vida; **(Párroco asiente)** Nuestra nación no debe acostumbrarse a los crímenes. **(Párroco niega)** Algo sucede con el respeto a la vida, cuando se es capaz de asesinar a un hombre que predicaba el amor a Dios **(Párroco asiente)** Hablar de la inseguridad existente, no es hablar mal del gobierno, sino una reflexión sobre la responsabilidad que tenemos ante la vida de otra persona” ¡Y punto! **(Se sienta. Al Párroco)** ¡Síntese, Párroco de miércoles!

PÁRROCO: (Sin sentarse)

Prescindiendo del misticismo: somos malas personas bajo la sotana. Ser católico no es como ser luterano o presbiteriano. “¡Hay que satisfacer el ego propio!”. Como dijo Dixon.

OBISPO:

Hasta los inteligentes perdemos el control ante una cara bella.

PÁRROCO:

Como le ocurrió a Bolacho cuando fue confesor de Dixon. El pobre y débil sacerdote, que Dios lo tenga en la Gloria, se excitaba escuchando al jactancioso muchacho, tan insensible a la castidad cristiana, describiendo su enérgica erección para con cualquier animal hembra de la granja. Bolacho, impaciente, le metió mano y se llevó un chasco. **(Pausa)** Dixon esclaviza con el “coito interruptus”.

OBISPO:

Dixon lo maneja bien.

PÁRROCO:

Cuando pasó a ser suyo...

OBISPO: (Enternecido)

Dixon no es de nadie. Su talante despectivo se lo impide. ¡Ay, Dixon! Cuando era niño, según su hermana, se rasgaba la ropa y se tiraba al suelo si le llevaban la contraria. Levantaba faldas, pasando de carrera, entre los grupos de niñas. ¡Tremendo ese muchacho!

ACOLITO:

También insisten en que su graduación no fue legal.

OBISPO:

El Rector lo usó para integrar un grupo violento, con la promesa de graduarlo, aunque no hubiera cursado o terminado las asignaciones de las materias establecidas por ley. ¡Y lo graduó! Si el Rector lo validó así se queda. Dudo que tal figura se repita pero esta vez es perfectamente legal.

VICARIO:

Usted celebró la misa de graduación en la Nunciatura; y allí pernoctó.

OBISPO: (Embelesado con el recuerdo)

Se me hizo tarde con la alegría de la celebración.

PÁRROCO:

Esa fue, prácticamente, una visita conyugal a la que Dixon estaba obligado con Monseñor. “Te debo un buen polvo” le dijo antes de comulgar; y esa noche, cuando él iba al cuarto del ardiente joven, debió fingirse sonámbulo al ver salir a un seminarista de su habitación. Hoy está aquí Monseñor, esperando que Dixon venga a cumplir su promesa.

OBISPO:

Ya no viene. Dijo que sólo lo haría si lográbamos llenar la iglesia de partidarios. De otro modo se iría al Perú. Y ya ve como todo fue un fracaso. Incluso traje mi cuaderno de planas con la frase que le gusta escuchar cuando está en acción. Dice que soy yo quien mejor la dice. No sé que clase de aventajado énfasis me valora.

ACOLITO:

“Trátame como a una burra” **(Pausa)** En cierto modo es una frase de amor.

OBISPO:

Si se tiene suficiente criterio para así interpretarlo.

PARROCO:

Dixon practica el amor incompleto para mantener encendido el interés.

OBISPO:

¡Conmigo siempre llega hasta el final!

PARROCO:

No era lo que Bolacho decía.

ACÓLITO:

¿Qué decía Bolacho al respecto? ¡Cierre los oídos, María!

OBISPO: (Imponiéndose)

Bolacho nada logró con Dixon. Lo puso en mis manos y pasé a ser su confesor. Me contó que siendo niño, puso baba de becerro en sus genitales y a eso se debe que se necesitan las dos manos juntas para cubrirse. El tratamiento de coito inconcluso no lo puso en práctica conmigo porque le pago bien. **(Evocador)** Dixon tiene ojos amarillos de felino indomable que no ama a nadie; pero puede barrer un corazón a pestañazos. Me gusta el sonido de su voz aunque sea diciendo groserías. **(Leve pausa)** Cuando eyacula besa fuertemente en la boca como si fueras Marilyn. En ese momento, cualquier corazón solitario puede llegar a pensar en la existencia de una milésima de amor. **(Pausa)** Aunque luego escupa y se limpie la boca con la manga de la camisa. ¡Y punto!

MARÍA:

¡Muy romántico!

ACOLITO:

También irreprochable porque no hay peligro de posible embarazo. Imagino que le da celos el tener que compartirlo.

OBISPO:

No creo en la fidelidad de cuerpo. Dixon es de nadie. El desapego de su corazón renegado lo hace interesante; porque ninguna pasión turba sus escarceos sexuales. Pero es tan autoritario que lo sientes amo y señor.

VICARIO:

Es hora de limpiar el muladar

ACOLITO: (Molesto)

Todavía faltan estaciones.

VICARIO:

¿Cuántas? Es más que suficiente haberlos visto sin máscaras. Aunque de nada te sirve porque Monseñor olvidará, en unas horas, todo lo sucedido; pero resulta chocante tu insistencia en seguir degradándolo. Por cuestión de mi carácter, que siempre está al lado del débil... y ahora ellos están inermes. **(Pausa)** No entiendo la intensidad de tu rencor contra el Padre Pablo **(El Párroco se aviva)** ¿Cuánto más quieres vengar a Jesús? ¡No es tragedia tuya!

ACOLITO:

Usted ignora las consecuencias permanentes del ser que es abusado en su sexualidad.

VICARIO:

¿Y Usted sí lo sabe?

ACOLITO:

Sufro la vergüenza de la que ningún hombre se recupera. Lo que él le hizo a Jesús me hizo ver que había encontrado a quien buscaba **(Pausa)** En otra parroquia, hace algunos años, cuando yo era un niño como Jesús, él me abusó. ¡Fui su víctima! Inventé muchas excusas para no volver a la Casa Cural, tratando de evadir la promesa que por mi salud había hecho la abuela. Dije tantos falsos pretextos para no seguir de monaguillo que, cuando me atreví a decirle la verdad no me creyó. Peor aun, me obligó a regresar a ese sitio indeseable. El Padre Pablo me esperaba con una sonrisa triunfal, haciéndome creer que la abuela sabía y ya estaba de acuerdo; pues su táctica era mezclarse con la familia de la víctima futura. Decía que la posesión era parte del “sacrificio” religioso. **(Pausa)** Llegué a odiar al Niño Jesús de la entrada del templo, y al Cristo colgado en el zaguán de la Casa Cural, ambos indiferentes conocedores del abuso que yo sufría. **(Pausa)** Si llegaba temprano, antes de la misa, el Padre Pablo colocaba su mano en mi hombro y me enrubaba a su cuarto con cualquier pretexto, sin dejar de recitar el grandísimo misterio de la Santísima Trinidad. Bajaba mis pantalones y me poseía velozmente. Cuando las hemorroides me aquejaron y el médico diagnosticó “penetración de cuerpo extraño”; mi inocente abuela vino a caer en cuenta de lo sucedido; pero como yo no tenía padres, y ella era sola, aceptó un dinero y olvidó. Supe que tenía precio. Dijeron que el Padre Pablo había sido castigado; pero sólo fue cambiado de parroquia. Sin amonestación alguna. Tal vez cien padrenuestros. **(Pausa)** Me volví un niño taciturno, me costaba sonreír, desobedecía a la abuela... cuando conocía una muchacha, todo ese sucio asunto se me venía a la mente. **(Larga pausa)**

MARÍA: (A Acólito, cariñosa)

¡Muchacho!

VICARIO:

Afortunadamente eres fuerte para lograr superar cualquier daño moral.

ACOLITO:

Desafortunadamente no lo soy. ¡Ese maldito Padre Pablo!... (**El Párroco se pone de pie, sonriendo tontamente**) ¡cagó mi vida para siempre!

MARÍA:

No hables de ese modo. Recuerda donde estás.

ACÓLITO: (Despectivo)

¡Sé donde estoy! El poder de la eucaristía lo impone la Iglesia. (**Pausa**) En el escrutinio de mi vida interna, la profunda vergüenza que viví a diario, me hace odiar a este maldito Padre Pablo. (**El Párroco, sonriendo tontamente, se le acerca**) Y es difícil cuantificar el daño desde afuera. Sólo yo sé lo que pasa en mi mente... sino ¿por qué me persigue su maldito olor de axilas?

(El Párroco levanta su brazo y se le encima, sugestivo, al Acólito. El Acólito, asqueado, lo rempuja. Párroco cae y se golpea la cabeza. María ayuda al Párroco a levantarse del suelo y lo lleva a la butaca junto a la del Obispo, donde ambos irán adormilándose. Interviene Vicario)

VICARIO: (Al Acólito)

Te pienso tan generoso de espíritu como para distinguir cuando alguien está vencido.

MARÍA: (Al Acólito)

¡Déjelo, Fidel! Aquí no hay quien escuche la queja. Uno está peor que el otro. Meta la mano por Jesús, pero no hoy. Déjelos descansar.

(Larga pausa. El Acólito sale luego de mirar al Párroco y al Obispo adormilados. El Vicario y María quedan mirándolos. Apagón.)

Epílogo.

(Han pasado algunas horas. El Obispo y el Párroco están despertándose. Se asombran de haber tenido la debilidad de adormitarse. Sonríen.)

OBISPO:

Creo que di un prolongado pestañazo.

PÁRROCO:

Dimos, Monseñor. (**Entra María con bandeja y dos tazas**) Ahora nos despabilaremos. Tardó muchísimo haciendo el café. (**María da una taza a cada uno y les revuelve el azúcar con cada cucharilla**) La señora María hoy está muy afable. (**María hace una leve reverencia y sale con la bandeja vacía**)

OBISPO:

Le haré una corrección, Padre Pablo: La señora María siempre está afable.

PÁRROCO:

Es verdad. Siempre lo está. **(Prueba el café)** ¡Delicioso como siempre!

OBISPO: (Lo prueba)

Tengo la impresión de llevar horas esperando este café. **(Pausa)** La lluvia me retuvo. Fue la lluvia, indudablemente.

PÁRROCO:

Todo salió bien, a fin de cuentas. **(El Obispo lo mira.)** ¡Ya verá las fotografías! **(Párroco sonríe adúlón. Se toca la cabeza con gesto de dolor. El Obispo lo mira inquisitivo)** Creo que me di un golpe con el postigo de la ventana.

OBISPO: (Tomando café)

Sana sana colita de rana; si no sana hoy sanará mañana **(Busca su celular. Marca un número. Toma café nuevamente. Al celular)** ¡Perkins estoy listo! **(Pausa larga mientras escucha. Finaliza la llamada)** ¿Supo de la imagen de la Virgen partida en dos por un rayo?

PÁRROCO:

Dios sabe a donde nos lleva. La ruta la comprendemos al final del camino.

OBISPO:

Dios es todo perdón, Padre Pablo. **(Sonriendo)** ¡Con el asunto de la Virgen del Rayo podría viajar al Perú! ¡Dixon Rubio es mi única debilidad! **(El Párroco sonríe con amplitud. Se toca la cabeza adolorido)** Si se le hace fuerte no vaya a caer en la tentación de invocar a Don Juan del Dolor. **(Ambos ríen. Párroco vuelve a tocar su cabeza, sin dejar de reír)** Alguien trajo una estampa de ese mamarracho. ¿Quién fue? El Monaguillo seguramente. A propósito páguele bien su desempeño de hoy; y trate de conservarlo. La fe es como el deseo, Padre Pablo. Hay que fomentarlo en el prójimo ¿Entendido? **(Párroco asiente)** Perkins me espera ¿Lo llevo a algún lado?

PÁRROCO:

Me siento cansado, Monseñor. Me gustaría ir al SPA de la Nunciatura.

OBISPO:

Venga conmigo y allá lo dejamos.

(Salen por la derecha. Por la izquierda entran María y Vicario)

MARÍA: (Encontrando el interior del Padre Pablo)

Volvió el encubrimiento, la manipulación y la deshonestidad.

VICARIO:

“Consummatum est” **(Salen. Apagón. Fin)**